



Profesional:

...d, un acto de confesión

Pienso en creadores como Guy de Maupassant y en otro amigo y compadre, vecino que fuera de esta ciudad de Oruro y que terminó sus días víctima del alcohol. El primero según se dice representante de la escuela realista; pero cuya vida estuvo matizada de no pocos infortunios, como cuando reflexionaba que siendo un afamado escritor era impopular en las calles francesas y en las cenas ofrecidas en su honor, por su extravagancia, su carencia de modales, su tosquedad. El segundo, ni tan famoso ni tan recordado; pero creador de obras muy humanas con personajes que se encuentran a la vuelta de la esquina, y tanto como él que enzarzados en la trampa del alcoholismo, vagaba por las calles orureñas arrastrando sus pantalones mojados por la lluvia y sus orines, y hasta diría que por sus heces fecales para no utilizar términos más crasos, quien de tanto estar emborrachado se olvidaba del dominio de su propio cuerpo y acababa en una esquina de mi casa oliendo a inmundicia. Dios se apiadó de él y se lo llevó un día, dejando como único recuerdo que alguna vez fue un escritor e incluso autor de un himno que se entona en un colegio local. Era don Luis Arnaldo Barrios Castro, que en paz descanse.

Y pienso en aquel niño, desgarrado y feo, que de tanto permanecer en las oscuras galerías mineras del Cerro Azul le tenía miedo al sol por herirle los ojos, pero que a la vez apreciaba por el calor que infundía a su aterido cuerpo. Aquél de quien incluso su propio maestro se avergonzaba por verle en ese estado calamitoso. Aquél cuyas fronteras no eran sino los altos cerros de su pueblo y pensaba que el mundo era apenas ése, pero que soñaba que alguna vez iba a vencer ese cerco y la mejor manera de hacerlo, por lo menos de momento, era esbozando tontas ideas en su cuaderno escolar hasta que un maestro advirtió el desliz y entonces rompió en pedazos el cuaderno y las ideas. Y aquel niño - adolescente pensó que pensar era un terrible pecado, incluso cuando algún tiempo después le fueron a buscar a su casa de adobe y paja para decirle que le "acompañaran" a la Gerencia de la Empresa Minera Catavi, utilizando un término que en esa época de dictadura militar era lo mismo que destierro o muerte por subversor o comunista, obligándole a una despedida emotiva de su madre por si no volviera nunca más, cuando en realidad no era sino el aviso de un premio nacional de literatura que debían entregarle ese mismo día en La Paz y aquel muchacho no tenía un céntimo ni ropa presentable para acudir a una cita impensable y a un lugar desconocido que en la letra de la carta hacia añicos sus rotundas fronteras. Pienso en aquel león de África que un día se le ocurrió ir a pasear por las tierras agrestes de las minas y en lugar de pastos verdes encontró la mano de un hombre alcoholizado, la que arrancó de cuajo y se engulló como el almuerzo más apetitoso, mientras al hombre se le iba el mundo en imágenes borrosas y ya irrecuperables. Pienso en lo que habrá pensado ese adolescente en la suerte de ese pobre hombre, su padrastro, comido por un león de circo. Pienso en las letras de Óscar Alfaro cuando dice que "desde adentro, desde adentro, desde el fondo de un abismo, viene corriendo a mi encuentro, un niño que soy yo mismo". Y ya desde entonces no sé si ese niño soy yo o alguno que aún anda extraviado por los intestinos oscuros del Cerro Azul, La Colorada o Callapería, buscando la salida y a ver si algún día la encuentra.

En algún tiempo también pensé que el escritor era un solitario, incomprendido y medio loco. Ahora no sé qué pensar: si debe ser como el común de la gente, con un poco más de suerte para crear obras que otros podrán leer e interpretar a su antojo o sencillamente guardarlas en algún anaquel hasta que otro medio loco o desvariado o más cuerdo que ninguno se atreva a desempolvar sus hojas y piense que es preciso seguir la tarea, o deberá ser quien satisfaga su ego por la pura creación, dejando volar la imaginación y elevándose por los aires sin sustento en la siempre cruda realidad, no tanto por increíble como porque a veces la ficción es más grande que aquélla, por lo que no valdría la pena repetir las mismas historias. Pienso que la literatura entonces ni es blanca ni roja, ni de ningún otro color, sino el que pudiera darle el dolor que, según entiendo, no tiene pigmento.

Y por último, a qué tanto revuelo si en este campo no hay ejercicio profesional ni reclamo por derechos como la presunción de inocencia y el silencio, porque todo se vale, actos de contrición o de confesión, mentiras piadosas o desear la mujer ajena, ser niño o adulto, vivo o muerto, planta o célula humana. Todo se vale; pero más que eso, lo único que en esta materia se pide es que le dejen a uno el derecho a soñar.

